

ASCENSO DE LA IZQUIERDA EN LATINOAMÉRICA

Ante números rojos, gobiernos “rojos”

Andrés Felipe Anzola Berdugo*
Nicolás Novoa Gutiérrez**

La crisis ha despertado al “fantasma del comunismo” de una sola cachetada, y es que la pobre respuesta del tradicionalismo ante los retos del nuevo milenio ha inclinado al votante medio latinoamericano hacia la izquierda.

Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo, como decía Marx en la introducción de su *Manifiesto* (1848). Aquel fantasma que otrora se paseó por Eurasia, estos días recorre Latinoamérica, como lo hizo antes, a inicios de la década del 2000, y esta vez, ya no está teñido de rojo, sino de rosa pastel. ¿A qué se debe el cambio de color?

Palabras clave: crisis, política, marea rosa, cambio de Gobierno.

* Estudiante de la Universidad Externado de Colombia. Correo: andres.anzola@est.uexternado.edu.co

** Estudiante de la Universidad Externado de Colombia. Correo: nicolas.novoal@est.uexternado.edu.co

Nuevo milenio, nuevos colores

A finales de la década de los noventa y principios del año 2000, el común denominador en la región eran las crisis inflacionarias, bancarias y, en general, económicas: empezando por el sur, en Argentina, desde el gobierno de Carlos Menem, ya se presentaban escandalosos casos de corrupción y fenómenos inflacionarios que amenazaban con la estabilidad de las instituciones, pero todo estalló con el infame “Corralito” del gobierno de De la Rúa, que generó un estallido social de tal magnitud que causó la renuncia del mandatario. Al noroeste, en Bolivia, el país se hallaba en medio de una crisis política debido al cándido debate interno por la exportación del gas natural y el controversial historial de políticas públicas implementadas por la casta neoliberal que dominaba la política. En el norte, los brasileños experimentaban las falencias de la política monetaria de Fernando

Cardoso. Hacia el Caribe, Venezuela presenciaba la vertiginosa devaluación del bolívar y torpes intervenciones a los bancos que desembocaban en fuga de capitales; una situación que dejaba en evidencia el decaimiento en la gobernabilidad de los partidos tradicionales (Acción Democrática y COPEI).

Este escenario que se caracterizó por fracasos económicos, políticos y sociales fue el origen para el ascenso de movimientos alternativos a las corrientes políticas tradicionales que tantos problemas le estaban causando a la región. Durante esta época, el neoliberalismo era la principal tendencia económica; por tanto, quienes mejor podían abordar este sentimiento reformista generalizado eran los acérrimos enemigos del neoliberalismo, los movimientos de izquierda, entre los que se encontraban partidos socialistas, sindicalistas y socialdemócratas.

Así que, ni cortos, ni perezosos, las figuras de izquierda empezaron a triunfar en las elecciones como todos unos *rockstars*: Néstor Kirchner, Evo Morales, Lula Da Silva y Hugo Chávez, por mencionar a los líderes más reconocidos durante esta época de la historia latinoamericana, subieron al poder con propuestas reformistas que incluían desde la nacionalización hasta las reformas constitucionales; todos ellos, asumían doctrinas heredadas de la Guerra Fría y evocando la época cuando el triunfo

de la Revolución cubana despertaba pasiones en los corazones de los movimientos izquierdistas.

Por esta razón, no era extraño escuchar a estos líderes usando términos como “expropiación” o “antiimperialismo” sin ningún problema. De esta manera, Evo Morales proclamó “Esa lucha y estos resultados son la continuidad del Che Guevara” en su discurso de inauguración (2006); asimismo, Hugo Chávez exclamó “¡Patria, socialismo o muerte!” como lema de su partido... sin eufemismos, ni disimulos, manejando un discurso marxista abierto y de frente.

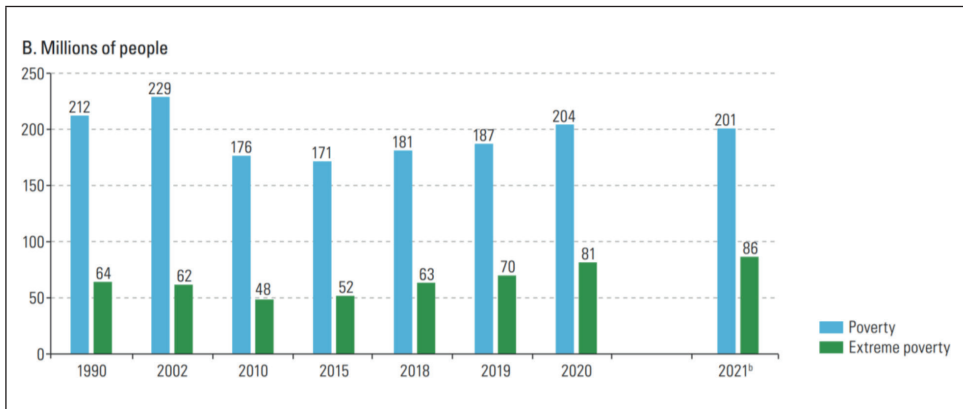
El que no conoce su historia, está condenado a repetirla

Sin embargo, a medida que avanzaba la década de 2010, el furor del populismo de izquierda fue apagándose entre desilusiones y decepciones. La democracia boliviana fue secuestrada por Evo Morales, quien desde el momento que subió al poder, se atornilló allí. El legado de Kirchner se vio empapado por el juicio de corrupción al que se enfrenta su esposa. Lula Da Silva fue condenado por lavado de activos y corrupción pasiva. Por su parte, Venezuela se llevó la peor tajada, ya que entró en una de las crisis humanitarias más grandes en la historia, bajo el tormento de la escasez, el narcotráfico y un Estado militarizado bajo el régimen de un

dictador que no diferencia a los peces de los penes. En medio del desastre, la derecha reconquistaba el panorama político: Bolsonaro en Brasil y Macri en Argentina daban una declaración de rechazo a la “Marea rosa” que tan

mala fama había ganado en los últimos años. El referí ya marcaba la derrota para la izquierda latinoamericana y el réquiem estaba organizado por el tradicionalismo.

Figura 1. Número de personas que viven bajo la línea de pobreza y la pobreza extrema 1990-2021 según CEPAL (2021)



Fuente: https://oig.cepal.org/sites/default/files/social_panorama_latam_2021.pdf

Aunque el poder cambiara de manos, la marea violenta persistió y, asimismo, los problemas estructurales que no tenían una solución pronta: un incremento regional de las personas en pobreza y pobreza extrema (desde 2010 hasta 2019, excluyendo a la pandemia, por obvias razones) en medio de escándalos de corrupción tanto locales como internacionales, poniendo de ejemplo al caso Odebrecht, que salpicó a numerosos gobiernos alrededor de toda Latinoamérica. El descrédito institucional volvió a ser un sentimiento compartido, a pesar de que hubo mejoras

(aunque tímidas) en el promedio regional en cuanto a la desigualdad y el gasto público del Gobierno central. Aquí las plataformas digitales jugaron un rol esencial, pues facilitaron la difusión de estos escándalos, asegurando que la indignación sea vendida hasta el último internauta.

Entonces, unos estudiantes chilenos se colaron en el metro

Irónicamente, la chispa que volvió a avivar el fuego de la izquierda latinoamericana nació en la denominada “cuna del neoliberalismo”. Los distur-

bios iniciados en Santiago de Chile por unos estudiantes inconformes con la subida a la tarifa del metro, de repente, se convirtieron en un estallido social de proporciones continentales. Este fue el punto de quiebre; las protestas chilenas de 2019 fueron la inspiración de las manifestaciones durante los años posteriores en toda la región. Y si bien, el primer “síntoma” del regreso de la Marea rosa fue la victoria de López Obrador en México, lo que verdaderamente le dio un nuevo aire a la pasión revolucionaria fue la insurrección que dejó en jaque al gobierno de Piñera.

A esta situación le siguieron Colombia, Perú, Bolivia, Venezuela y otros. Las protestas estaban enfocadas en denunciar la indiferencia de los Gobiernos ante los problemas que aquejan a la sociedad; eran un grito enfurecido, pero afligido. El descontento popular, una vez más, fue visto como una oportunidad electoral para los movimientos alternativos y antisistema que aprovecharon su situación de “oposición” para intentar encarnar las demandas de la ciudadanía. Esta fue la estrategia adoptada por Gabriel Boric en el caso de Chile o Gustavo Petro en Colombia. La frustración se incrementó en épocas de pandemia, ya que no solo siguieron sonando los escándalos de derroche, sino que, en algunos países, la respuesta de los Gobiernos a la emergencia sanitaria dejó mucho que desear, como fue el caso de Brasil.

Entonces, utilizando el mismo *modus operandi*, la izquierda una vez más se trepó al tren del cambio y pretendió tomar el volante. A través de las arengas y lemas de las protestas de 2019-2021, progresivamente, ascendieron líderes “de oposición” durante los últimos años. A la fecha, Gustavo Petro en Colombia es el ejemplo más reciente; sin embargo, esta vez el reformismo no se presentó vestido de rojo, con un martillo en una mano y una hoz en la otra; sino de rosado, con un banderín multicolor en el saco y un pañuelo verde en el cuello. ¿En qué momento la izquierda suavizó su imagen y su discurso?

Una izquierda más *light*

Sin duda, la crisis humanitaria venezolana ha tenido un impacto muy significativo en la política iberoamericana. La desgastada técnica de usar el cadáver de Hugo Chávez como hombre de paja para crear pánico entre la población es bien conocida; desde el norte con el infame neologismo del “castrochavismo”, hasta el sur, con la oposición de Fernández vaticinando que “Argentina se convertirá en Venezuela”. Todos los agentes del conservadurismo, en una extensión u otra, usan este hombre de paja y los efectos sobre los sufragantes son evidentes para los asesores de imagen y los jefes de campaña. Venezuela se convirtió en el “innombrable”, es como el tema que hace jadear al votante medio cuando se

trae a colación; y teniendo en cuenta el temor contemporáneo que genera el último heredero del “socialismo del siglo XXI” (como solía llamarlo Chávez), la estrategia natural adoptada por los jefes de campaña en todo el continente fue alejarse lo más posible de su imagen sin perder la esencia anti-sistema y revolucionaria que le daba capital electoral para tomar impulso en las elecciones. La respuesta vino de la política nórdica: la socialdemocracia.

Esta “nueva marea”, en busca de diferenciarse de la primera y sus lemas, modificó su acercamiento al votante indeciso suavizando su discurso: borrando de su diccionario palabras como “expropiación”, que infundían pánico en cuanto su asociación con el gobierno de Chávez era inevitable. Esto explica por qué el entonces candidato Gustavo Petro y su fórmula presidencial firmasen ante una notaría que se comprometían durante su gobierno a no expropiar a nadie¹; y el uso de eufemismos y disimulos para no hacer disparar las alarmas. Otros optaron por una forma más directa de lucir antagonicos a la vieja ola, como Boric, quien se muestra crítico frente al gobierno venezolano, calificándolo como una dictadura, una provocación a la que Maduro respondió acusán-

dolo de ser “izquierda débil”, tal como refunfuña Marx en las últimas secciones de su *Manifiesto*.

No solo buscan mostrar distancia en el ámbito político, sino también en la sostenibilidad de su modelo económico. Estos gobiernos, a diferencia de la primera marea en la que el motor económico era la extracción de recursos minerales y el boom de las materias primas financiaba el gasto público, tienen como objetivo la descarbonización de su economía y dejar la dependencia económica de dichos recursos. Perros de la vieja guardia como Lula Da Silva, de nuevo en libertad, cuestionan el enfoque ambientalista que la nueva izquierda enfatiza.²

Entonces, se nos presenta una nueva selección de mandatarios, más pluralista en cuanto a las diferencias ideológicas internas, la que ya no marcha, sino que camina en puntitas, pues es consciente de que cualquier paso en falso puede liberar paranoia y pánico en el grueso electoral en medio de una guerra de desinformación donde las falacias son armas y el cuento del “castrochavismo” es un lanzacohetes.

1 El documento con el cual Petro se comprometió a no expropiar, (2022, 18 abril). Portafolio.co. Recuperado el 11 de octubre de 2022. <https://www.portafolio.co/elecciones-2022/el-documento-con-el-que-petro-se-comprometio-a-no-expropiar-564159>

2 Sorpresivamente, Lula da Silva afirma que la propuesta de Petro de detener exploración petrolera es “irreal”, (2022, 4 de mayo). Semana.com Últimas Noticias de Colombia y el Mundo. Recuperado el 11 de octubre de 2022. <https://www.semana.com/nacion/articulo/lula-da-silva-considera-inviabile-la-propuesta-de-petro-de-detener-la-exploracion-petrolera/202241/>

Un resultado incierto

La izquierda latinoamericana tiene en frente una segunda oportunidad. En un nuevo panorama donde la pandemia y la guerra en Ucrania dejan estragos económicos a mediano, y tal vez a largo plazo, donde la devaluación y el fenómeno inflacionario vuelven a ser una experiencia compartida al sur de río Bravo, y donde la desinformación se vuelve una herramienta cotidiana; las pretensiones de unidad y los deseos de justicia social tienen que ir más allá de las palabras y las estrategias electorales, si quiere consolidarse como proyecto político para la posteridad. La nueva izquierda rosa latinoamericana debe evitar desviarse de los ideales que buscó personificar en campaña y así, ganarse la confianza de su pueblo. De otro modo, el ciclo de alternancia en el poder seguirá siendo las instituciones víctimas de este huracán de egos enfrentados.

Determinar cómo estos Gobiernos afrontarán este panorama violento y delicado genera un escenario incierto: en el caso de Fernández, con el precio del dólar disparado y un alza en los precios, se encuentra preparando el terreno apropiado para que llegue un candidato *outsider* que se venda como la solución ante la crisis, como en su momento lo fue Néstor Kirchner, si no que esta vez, de un origen ideológico totalmente distinto; lo que sería una pérdida importante para la marea, pues Argentina es uno de los

países más importantes de la región. En el caso de Brasil, con sus elecciones próximas a llevarse a cabo, la intención de voto sonríe a favor de Lula. A pesar de esto, en caso de ganar, no tendría mayorías en el legislativo, por lo que tendría que negociar con los diferentes partidos, y de esa manera, debería ceder frente a sus propuestas más radicales y ser moderado en sus políticas; como ocurrió en el caso de Gustavo Petro, quien tuvo que negociar con los partidos tradicionales para obtener mayorías en el Congreso.

La agenda en común de estos mandatarios será el cuidado del medio ambiente, aunque con sus diferencias, como se explicó anteriormente sobre los modelos económicos que plantean los distintos Gobiernos.

En esta ocasión no se ven líderes claros, como en su momento lo fueron Chávez, Lula y Néstor Kirchner; lo que podría traer más beneficios que contradicciones, ya que la unión no recaería en un solo grupo de personas, sino que caería sobre el conjunto, por lo que la unión se mantendría por sí sola y no por la presencia de un líder específico y personalista.

Principio de acción y reacción

La tercera ley de Newton, que habla sobre cómo la acción de una fuerza recibe una reacción con la misma fuerza parece aplicarse a la política latinoame-

ricana; cuando un partido se encuentra en la administración durante la crisis, la oposición toma su lugar, y en este ciclo de intercalación del poder se encuentra la región desde mediados de la década de los años 90. Un huracán de egos enfrentados en donde dos burros tienen un acalorado debate sobre orejas y el público no termina de darse cuenta de la ironía.

La política no es como un partido de fútbol, no se trata de quién gane o quién pierda, sino de quién hace y quién mete la pata. Como pueblo latinoamericano tenemos un problema crónico de memoria histórica y todo indica que esta se reinicia cada cuatrienio o quinquenio. Este *uróboros* en el que elegimos ser partícipes, este juego del gato y el ratón donde somos el pasto que piso-

tean los jugadores es lo que impide los cambios sustanciales y políticas de largo plazo estables. Ahora, es el turno de la nueva izquierda, de esta izquierda rosa, de demostrar que verdaderamente quieren romper el ciclo y que no son solo el “cambio” cuando están en campaña, sino también cuando están sentados en el Palacio.

Referencias bibliográficas

CEPAL. (2021). *Social Panorama of Latin America 2021*. https://oig.cepal.org/sites/default/files/social_panorama_latam_2021.pdf

Morales, E. (2006). *Discurso de Evo Morales al asumir la presidencia de Bolivia*. <https://perio.unlp.edu.ar/catedras/planipoliticadecom/wp-content/uploads/sites/162/2020/09/Extracto-Discurso-de-Evo-Morales.pdf>